

Juan Bautista Alberdi

EL FAUSTINO.  
FACUNDO Y SU BIÓGRAFO  
Y OTROS ESCRITOS

Selección, introducción y notas  
CLAUDIA ROMAN



**CORREGIDOR**

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

Alberdi y Sarmiento: adversarios y coescritores .....	7
<i>Claudia Roman</i>	

## EL FAUSTINO

### *Juan Bautista Alberdi*

Facundo y su biógrafo .....	35
Sarmiento (Notas sueltas).....	113
Carta quillotana inédita .....	211

## APÉNDICES

### CARTAS

1. De Mariquita Sánchez a Alberdi.....	237
2. De Sarmiento a Mitre.....	238
3. De Alberdi a Benites .....	240
4. De Sarmiento a Augusto Belín Sarmiento.....	243
5. De Sarmiento a Posse .....	246

SARMIENTO ANTE LAS INJURIAS DE LA PRENSA .....	249
--	-----

### Sarmienticidios

<i>Domingo Faustino Sarmiento</i> .....	253
---	-----

ALBERDI EN UNA CAUSERIE DE LUCIO V. MANSILLA .....	259
--	-----

### Alberdi

<i>Lucio V. Mansilla</i> .....	261
--------------------------------	-----

CRÓNICA DE UN REENCUENTRO ENTRE SARMIENTO Y ALBERDI.....	269
Dos comadres	
<i>El Mosquito</i> .....	273
FIGURACIONES.....	277
Sarmiento presidente. Retrato.....	281
Sarmiento y el clericalismo. Caricatura.....	282
Carnaval de 1883. Caricatura.....	283
Sarmiento-hiena. Caricatura.....	284

## LECTURAS

Sarmiento y su biógrafo .....	287
<i>Patricio Fontana</i>	
El sentido de la injuria .....	315
<i>Nicolás Lucero</i>	

## INTRODUCCIÓN

### Alberdi y Sarmiento: adversarios y coescritores

*Reconciliation? Not that exactly. It is something much  
more binding.*

Joseph Conrad, *The Duel*

#### *El principio de una bella amistad*

En enero de 1838, un joven americano le escribe a un contemporáneo pidiéndole consejo sobre sus “producciones poéticas”. Domingo F. Sarmiento, el “obsecuente admirador” —según confiesa— que firma el envío con el seudónimo de “García Román”, como “prefiere apellidarse por ahora”, ha elegido como lector al escritor más promisorio de su generación, el tucumano Juan Bautista Alberdi. No es casual el “*por ahora*”: para los jóvenes del 37, todo —la suerte política, el futuro individual, la consagración literaria, la carrera pública y el descubrimiento del mundo— se juega en esa frágil promesa de inminencia. Para Sarmiento, ese *por ahora* es además la fórmula mágica que pone a salvo su momentánea, relativa asimetría con el escritor Alberdi. Y es también, claro, el conjuro con el que invoca a ese escritor para que lo descubra. Junto con sus poemas le envía, entonces, un mensaje en clave: en esas “producciones”, confía Sarmiento, Alberdi, el más sagaz de los lectores americanos

contemporáneos, sabrá descifrar un estilo y una personalidad: un nombre.

Alberdi responde unas semanas más tarde desplegando, seguramente, la cortesía propia del oficio. En respuesta a la carta de Alberdi, Sarmiento extrema su obsecuencia, y también su ansiedad. Puntualiza algunas figuras y expresiones que Alberdi ha pasado por alto, responde con exuberancia a la recomendación de lecturas y, a punto de descubrir su nombre —que quiere ser, ya no cabe duda, un nombre de escritor—, redobra la apuesta: “Me contentaré con repetir a Ud. la expresión del alto aprecio con que le distingo y el deseo que me anima de ser considerado en el número de sus amigos”.<sup>1</sup>

La contestación de Alberdi a esa solicitud sigue perdida. La propuesta de amistad queda en suspenso y trama, de ahí en más, una relación que mantiene dos vidas y dos escrituras al acecho. Alberdi y Sarmiento no sólo intercambian textos varios, no sólo se los dedican mutuamente (en los tonos más variados) y polemizan. Cada vez que escriben, Sarmiento y Alberdi se sospechan, se espían, se presienten.

## 1852

Quince años más tarde, ambos comparten la escena pública como miembros de un grupo de intelectuales y políticos que, tras la experiencia de la oposición política —armada y escrituraria— del exilio, celebra y apoya el pronunciamiento de Justo José de Urquiza contra el hasta entonces gobernador de Buenos Aires y encargado de relaciones exteriores de la Confederación, Juan Manuel de Rosas. En los meses que corren entre la caída del gobierno de Rosas en la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, y la revolución del 11 de septiembre de ese mismo año (que

---

<sup>1</sup> V. la introducción de Adriana Amante a *Sarmiento remitente. Cartas*, Buenos Aires, OPFyL, 2000.

definirá la separación de Buenos Aires del territorio de la Confederación) se suceden los ensayos y el entusiasmo por probar los alcances de los cambios en la vida pública que la victoria militar parece haber abierto. El levantamiento de la censura sobre los impresos permitió que se multiplicaran los espacios de intervención pública para los escritores, y produjo, de hecho, una verdadera eclosión de publicaciones. Los periódicos daban a conocer día a día los agitados debates parlamentarios e intercambios públicos en distintos ámbitos: clubes políticos, tertulias, la calle y, por supuesto, también en las páginas de los mismos periódicos. La intensidad de las discusiones creció a partir de las Jornadas de Junio de 1852, cuando las sesiones en la Legislatura en torno al rechazo o aceptación del Acuerdo de San Nicolás —que fijaba límites a la autonomía y a los recursos económicos de la provincia de Buenos Aires— mostraron que tras Caseros, la disputa política rearticularía el campo de lealtades y traiciones entre quienes habían sido compañeros en la lucha antirrosista. (Si, por ejemplo, entre los defensores del Acuerdo estaba el gobernador Vicente Fidel López y su ministro Juan María Gutiérrez; frente a ellos se alineaban, entre otros, Bartolomé Mitre, poeta y periodista en el exilio uruguayo, e integrante del Ejército de Urquiza y Dalmacio Vélez Sársfield, frecuentador de la corte de Palermo y ocasional compañía de los jóvenes de Montevideo). Producto del rechazo de este Acuerdo, la secesión de Buenos Aires sumó a aquel cúmulo de discursos el conjunto de leyes, decretos, disposiciones escritas que buscaban regular, tanto para los porteños como para la Confederación, un orden nuevo, una vida que se imaginaba sin manchas del pasado, flamante. A los papeles públicos habría que añadir también las cartas, esquelas y notas privadas que cruzan las calles y cruzan los límites de las fronteras en el intento de organizar relatos —personales, íntimos pero también sobre “el país”, sobre “la patria”— que den sentido a esta sucesión de cambios dramática y a la vez fervorosamente acompañada.

Aunque la situación no es inédita, sí constituye o, al menos, se la percibe como un momento de fuerte discontinuidad con el pasado, inaugural en la vida política argentina. Sarmiento y Alberdi imaginan versiones diferentes para explicar esta discontinuidad, así como sus causas y efectos.

Para Sarmiento Caseros no es únicamente el fin de la "tiranía": es una cumbre que une, en su trayectoria personal, la gloria de las armas y la de las letras. Una vez alcanzada —y convenientemente narrada en *Campaña en el Ejército Grande*— abandona el gobierno que él ha ayudado a instalar y que acaba de inaugurarse: en la que debería ser una construcción estatal inédita, y particularmente en el papel que se ha asignado en ella líder, Justo José de Urquiza, Sarmiento descubre la proyección del antiguo régimen rosista. Enseguida se encarga de denunciarlo ruidosamente y parte en un viaje que lo lleva a Montevideo, de allí a Río de Janeiro —donde se ubican las primeras escenas del "Ad memorándum" de su *Campaña*—, y más tarde a Chile. Entre quienes apoyan a Urquiza, quedan en Buenos Aires muchos de los hombres a los que Sarmiento ha llamado, hasta poco antes, compañeros: Bartolomé Mitre, Vicente López y Dalmacio Vélez Sársfield, entre otros.

Alberdi también se contaba, vagamente, entre esos antiguos camaradas. Había permanecido en Chile, y desde allí venía apoyando el pronunciamiento de Urquiza. En 1852 había organizado un club urquicista y, en mayo de ese año, publicado las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, texto que será modelo y fundamento de la *Constitución nacional* que sería sancionada por los representantes de la Confederación un año después, en Santa Fe. Por eso, cuando Sarmiento decide que la carta en la que denuncia lo que percibe como una intriga cuya culminación es Caseros, escrita desde Yungay,<sup>2</sup> lleve por encabezamiento un "Mi querido

---

<sup>2</sup> La carta está fechada en Valparaíso (Chile), el 13 de octubre de 1852.

Alberdi”, no quedan dudas de que ha vuelto al combate: la convención epistolar se vuelve brutalmente irónica. No se trata, claro está, de una mera disputa personal. En el contexto de los debates posteriores a Caseros, ambos se sienten convocados a presentar sus diferencias por escrito “frente a la opinión”.

La polémica continúa con el “Ad memorandum” de Sarmiento, un conjunto de fragmentos de cartas, reflexiones y apuntes que reúne como fojas probatorias de la deliberación con que Urquiza había construido su propio liderazgo desoyendo neciamente los consejos sarmientinos, desconociendo su lugar preeminente en el liderazgo del ejército y, en suma, con el solo objetivo de erigirse en líder único de un régimen tan absoluto y despótico como el que iba a derrocar. Este conjunto *ad memorandum* —vale decir, de “lo que debe ser recordado”— se incorpora como primera parte de su *Campaña en el Ejército Grande*, que Sarmiento publica en diciembre de 1852. El folleto está dedicado —y la dedicatoria es, claro, insidiosa— a Alberdi. Su respuesta serán las *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina*, folleto que Alberdi publica en Chile, en marzo de 1853 (se trata de las que serán conocidas desde entonces como las *Cartas quillotanas*, porque las tres primeras están fechadas en Quillota, Chile). La respuesta de Sarmiento toma entonces también forma de carta: las cinco cartas de *Las Ciento y una* están fechadas entre abril y mayo de 1853 y se publican muy rápidamente. Cerrando —al menos, en apariencia— el intercambio epistolar al mismo tiempo que la polémica, Alberdi le contesta con su *Complicidad de la prensa en las guerras civiles en la República Argentina*.

El texto inicial, la “Carta de Yungay” da pie a una de las polémicas más notables del siglo XIX en Sudamérica, no sólo por su virulencia, sino porque en ella las cuestiones doctrinarias y los argumentos personalísimos se confunden de manera ejemplar. En las cartas cruzadas entre las *Quillotanas* de Alberdi —arraigadas en la voluntaria distancia de la patria, geográfica y objeti-